

## UNA POLÍTICA DE TANQUES

El incidente de Checoslovaquia no es, desgraciadamente, un suceso insólito en nuestro tiempo. No es tampoco importante desde un punto de vista estratégico; es, en cambio, muy grave para el comunismo, para los países, grupos o personas que se consideran como revolucionarios; para quienes, sin serlo, tienen unas aspiraciones de libertad en la política y, en general, para el sentimiento abstracto, pero considerablemente arraigado de la dignidad humana. Para unos, por la personalidad del agresor; para otros, por la del agredido.

El incidente de Praga no es insólito, no es excepcional, en una época en que esta clase de sucesos se han convertido en un sistema establecido. Su esquema se va haciendo monótono. Unos representantes del régimen de un país que consideran como legalmente establecido encuentran que hay una conspiración, una subversión que atenta a la legalidad; que esa subversión moviliza unas fuerzas superiores a las suyas, y acuden en petición de ayuda a una instancia superior, a un pacto al que pertenecen y éste acude, en forma de coalición internacional —y, por lo tanto, ajena a intereses imperiales— en socorro del país así amenazado. Es el esquema, perfectamente simétrico, de la intervención americana en Santo Domingo o en el Vietnam. Lo grave es que no hay conspiración, no hay legalidad no hay pacto, no hay internacionalismo, y todo se plantea en el terreno de la ficción. Ideológicamente, el Pacto de Varsovia es el recubrimiento de una hegemonía soviética, como el tratado del Sudeste Asiático que cubre la intervención en el Vietnam es una expresión imperialista americana, como lo era la organización interamericana que recubría la penetración en Santo Domingo, y los contingentes continentales que codearon a los «marines» contra el regreso de Bosch no eran más o menos internacionales que los de los cinco países que han enviado soldados, junto con los soviéticos, a Checoslovaquia; o que los grupos de filipinos, surcoreanos o australianos que tratan de legalizar la existencia de unas «fuerzas del mundo libre» compuestas por quinientos mil soldados de un ejército de invasión en el Vietnam. La semántica que recubre todas estas operaciones es la misma: defensa de unas libertades amenazadas y, por extensión, defensa de la libertad en general. Es una fórmula. Lo grave es que es un sistema.

Desde un punto de vista geoestratégico, el movimiento carece de importancia para el mundo occidental. Aparte de un acuartelamiento en Austria, ningún país ha puesto su ejército en estado de alerta; ni siquiera Alemania Federal, ni las guarniciones occidentales en Alemania Federal. Las fronteras son las mismas y tan bien guardadas como antes; no hay el menor riesgo de que las tropas del Pacto de Varsovia den un paso más allá de las líneas de demarcación. Como no hay el menor peligro de que ningún ejército occidental las traspase en sentido contrario y si alguno lo intentase sería llamado al orden por los Estados Unidos con el mismo rigor que la U. R. S. S. ha tenido para Checoslovaquia. Hay, en cambio, una política de miedo y de alarido de dolor. Entra en el juego. La creación del miedo justifica la existencia de políticas rígidas como la de Kiesinger o la del general De Gaulle. El dolor es insólito: el incidente de Checoslovaquia no es tampoco lo más terrible que está ocurriendo en el mundo y no puede llegar a borrar el genocidio de Biafra, que está matando de hambre a seis mil personas diarias; el hecho de que los biefreños no hayan producido a Kafka, Anton Dvorak o una agrupación de música de cámara es ajeno a la situación. ¿Dolor por Checoslovaquia? No lo ha habido jamás. No lo hubo hace treinta años cuando las democracias occidentales enviaron sus más finos representantes a la guardia de Hitler para entregársela; no lo hubo cuando los ejércitos americanos detuvieron deliberadamente su avance al final de la II Guerra Mundial para permitir que los soldados soviéticos llegasen antes a Checoslovaquia que, según lo acordado, debía incluirse en su zona de influencia. La sorpresa por la actitud soviética es igualmente extraña. No pueden tenerla quienes determinaron hace cincuenta años, en la revolución del diecisiete, que era una potencia satánica y no han dejado de considerarlo así ni cuando se aliaron con ella mediante lo que Churchill llamó «el pacto con el demonio», sin duda porque consideraba que Hitler era peor que el demonio, lo cual no es teológico, o, porque de verdad sabían que no había demonio. Alarma, dolor y sorpresa son movimientos de la política de consumo. Son gestos para otros. Para que otros se alarmen, se duelan o se sorprendan.

Los «otros», por su parte, están suficientemente alarmados y doloridos, y por sus propias razones. La Unión Soviética rompe su imagen ideal y descarna su esqueleto de gran potencia. El comunismo sufre una sacudida nueva. La imagen de la «patria de la revolución» parece ser una constante en el mundo, y parece ser también constantemente destruida. Hubo un tiempo en que fue representada por la revolución francesa y su gran difusión de libertad y de igualdad;

todo terminó en el imperio de Napoleón, que prefiguró los fascismos europeos. El espíritu de la revolución emigró a los Estados Unidos, a su declaración de independencia y sus primeros movimientos anticolonialistas, se confirmó con la guerra antiesclavista de Secesión; y todo terminó en un duro imperio comercial y armado, en la política del «gran bastión» y en los cuerpos expedicionarios. La idea de patria de la revolución, que unos millones de personas de este mundo parecen necesitar como segunda patria, cuando la primera resulta cruel con ellos, se fue a la U. R. S. S., y se está rompiendo. Lo denunciaron los chinos y quisieron convertirse ellos mismos en esa imagen ideal: no lo han conseguido. Lo sospecharon algunos dirigentes cubanos, lo sufrieron los países árabes. Checoslovaquia es un corolario que tiende a demostrar que entre la opción nacionalista de gran potencia y la de patria de la revolución internacional, la U. R. S. S. está optando por la primera.

En cuanto al movimiento comunista mundial, va de choque en choque. Acostumbrado a la idea de disciplina, de unidad proletaria, de concentración ideológica, la aparición de los marxismos nacionales, del pollicentrismo, de las coyunturas históricas, les causó un grave dolor de adaptación hasta que creyó descubrir una ampliación rica y generosa de los ideales marxistas mediante el libre contraste de opiniones y de asociaciones libres. Apenas hecho a esta fórmula, de la que «la vía checoslovaca» era una representación insignia, la brutal llamada al dogma le causa una perplejidad, un estupor y una indignación fácilmente comprensibles. La fuerza de la necesidad de libertad parece, ahora, mayor que la llamada al dogma: la mayor parte de los partidos comunistas occidentales, incluyendo los dos más numerosos, el francés y el italiano, han renegado de la invasión, de la yugulación de la vía checoslovaca. Países comunistas, países del Pacto de Varsovia como Rumania, se han manifestado sin ninguna duda al lado de Checoslovaquia, a pesar de que ello les puede costar, en este momento de crispación, su libertad. En cuanto al pueblo checoslovaco en sí, en una mayoría que prácticamente engloba sus trece millones largos de habitantes, no parece víctima de ninguna división importante, aunque puedan encontrarse en él elementos aislados de signo prosoviético. Todo lo que se sabe es que hubo unanimidad en la creación del nuevo camino del socialismo y que la hay en la repudiación de las fuerzas exteriores.

Todo ello lo sabía perfectamente la U. R. S. S. en el momento en que lanzaba los tanques del Pacto de Varsovia contra Checoslovaquia. Había tenido largos meses para meditar las consecuencias de todas sus acciones. Sabía que occidente iba a lanzar profundos gritos de dolor para que no se viese demasiado el júbilo que produce a Kiesinger y a De Gaulle el enorme refuerzo que les proporciona en su política anticomunista; sabía que iba a servir de pretexto para una remilitarización alemana, que iba a causar un destrozo en los movimientos oficiales comunistas y una angustia en los revolucionarios de toda índole; sabía que iba a conmover profundamente las ideas de dignidad humana, de autorrespeto y de libertad que son hoy muy fuertes. Ha pesado esas consecuencias y ha elegido la acción. ¿Por qué? Este es un primer enigma. El segundo enigma es el del salto atrás, el de un movimiento regresivo después de los acuerdos moderados y ambiguos de Bratislava —quince días antes de la invasión—, que parecían dejar concluido el incidente.

Dejando aparte la explicación ideológica con que se revista la operación está, en primer lugar, el terror soviético a un espectro que es realmente temible: el de Alemania. La frontera «dura» de Checoslovaquia con Alemania Federal podría transformarse en una frontera «blanda». Las relaciones Praga-Bonn se habían incrementado en los últimos tiempos; se hablaba de la posibilidad de que Praga —que rápidamente lo desmintió— pidiese ayuda económica a Alemania Federal en forma de préstamo bancario. La «blandura» de la nueva frontera podría implicar no, naturalmente, una entrada de las «panzer divisiones» que tan bien conocen el camino, pero que hubieran sido rápidamente detenidas, sino cierto tipo de infiltraciones, de acciones claramente contrarrevolucionarias. En Alemania Federal y en Austria hay partidos nazis quizá no muy importantes en número, pero con una fuerza de acción típica; hay grupos de activistas de extrema derecha procedentes de varias revoluciones o contrarrevoluciones: los húngaros, los franceses de la OAS; hay algunos militares de diversas nacionalidades que no siempre siguen las políticas de sus gobiernos. Convertir la revolución de Checoslovaquia en contrarrevolución no hubiese sido demasiado difícil; por lo menos, en el grado de tentativa. El recuerdo de Hungría en 1956 está profundamente clavado en el pensamiento de Moscú: lo que comenzó como una ampliación ideológica del comunismo, terminó en unos días en una manzanera de comunistas. Sin embargo, parece que en las entrevistas bilaterales y en la del Pacto de Varsovia, en Bratislava, Checoslovaquia dio seguridades de que no abandonaría la alianza ni menos la vigilancia de una frontera que ha sido dramática en su historia.



¿Qué ha pasado después? Unas visitas urgentes del dirigente yugoslavo Tito y del rumano Ceaucescu a Praga. Estas visitas tenían una finalidad inmediata y visible: demostrar a Checoslovaquia su solaridad y mostrar a la U.R.S.S. que este país no estaba solo. Han resultado, probablemente, contraproducentes. Es muy posible suponer que la U.R.S.S. haya imaginado, y con bastante fundamento, la creación de un bloque nuevo. Que no sería enteramente nuevo: los pactos entre Rumania, Checoslovaquia y Yugoslavia tienen el precedente histórico de lo que se llamó en 1920 «la pequeña entente», que iba a durar hasta la agresión nazi, y cuyo objeto principal era enfrentarse a un imperialismo potente, el de los Habsburgo. Una reconstrucción de la pequeña entente era ahora perfectamente posible, y el independentismo no se dirigía contra más Habsburgos que los soviéticos. La velocidad con que se cimentaba la unión, posiblemente idea de Tito, el marcado independentismo de Yugoslavia, ya antiguo, y el de Rumania, mucho más decidido que el de Checoslovaquia, y el carácter fronterizo con occidente de estos países, y la situación de Hungría que quedaría casi enteramente deglutida en el centro de esta alianza anular han debido pesar tanto en las oficinas del estado mayor soviético como en sus centros políticos.

Todo esto era posible o, más aún, probable: era un riesgo que la U.R.S.S. debía correr. Su reflejo de seguridad inmediata, sus necesidades de gran potencia, han jugado con mayor fuerza que un pensamiento político a larga distancia. Ha preferido romper su imagen.

Ciertamente en todo este concierto de júbilo disfrazado de dolor, el dolor más real es el de los Estados Unidos; es decir, el de Johnson y el partido demócrata. No por la pobre víctima checoslovaca, sino por sí mismos. Están condenados a la inacción y a dejar hacer. La coexistencia con la U.R.S.S. no es una política que hayan elegido: es una necesidad que se les ha impuesto y de la que ahora no pueden volverse atrás. Se convierte en complicidad, a los ojos de los moralistas, y los moralistas y los timoratos tienen mucho peso a la hora de las elecciones. Nixon ha ganado sin proponérselo una buena baza. Nixon, evidentemente, no podrá hacer nunca otra cosa distinta de la que hace Johnson, pero da la deliberada sensación de que puede hacerlo: de que la U.R.S.S. debe ser «contenida» —como fue la doctrina oficial en la época de su vicepresidencia— aunque no haya salido de sus zonas de influencia. Quien gana las elecciones, sin embargo, continuará la llamada coexistencia, y ella tendrá cada vez más el carácter de dos potencias de fuerza similar —el equilibrio del terror— que configuran mutuamente el mundo y lo subordinan a sus intereses.

Precisamente Checoslovaquia significaba una alternativa a esa política, la alternativa que China no llegó a definir. El «socialismo en libertad» está sencillamente inscrito en una serie de movimientos de orden libertario —descortezando este término del sentido peyorativo que se le ha dado en los últimos tiempos—, del que ha sido muestra visible el levantamiento francés de mayo, apagado por otros tanques —los de Massu— y por otro dogmatismo comunista —el del partido francés— que, actuando en sentido aparentemente opuesto, han convergido en su necesidad de conservar unas estructuras sociales establecidas. La convergencia de conservadurismos que representa el partido francés y el gobierno francés —capaces de reanudar inmediatamente después, y aun simultáneamente a los acontecimientos, su enfrentamiento dentro de los límites del juego aceptado—, como la convergencia de conservadurismos internacionales entre la U.R.S.S. y los Estados Unidos representa en el mundo de hoy un factor de primer orden. Como lo representa la convergencia de los libertarismos, procedan del sector ideológico que procedan, se muestren en el clima geográfico que sea: en las guerrillas árabes, iberoamericanas o rhodesianas, en las barricadas de París, en el comité central rumano o en las calles de Praga.

Los poderes se van concentrando en una política de tanques, y los libertaristas la repudian, los mande Massu o Johnson, aparezcan en Praga, en París, en Santo Domingo o en Grecia. Esta situación, fomentada y acrecentada por la falta de solución de problemas económicos y geopolíticos en el mundo, se presenta hoy como más grave, como más amenazadora para todos, para quienes se alinean contra él, que la posibilidad de una guerra atómica. Se trata de un principio de guerra civil mundial con un carácter general y amplio, muy superior a la conjunción de revoluciones de 1848. Los poderes oscilan entre la fuerza y la concesión de una manera vacilante, anárquica, incoherente. Se refugian en sus puntos fijos doctrinales —libertad, marxismo-leninismo, democracia— y no aciertan a dar contenido actual al arcaísmo de sus doctrinas, o no ser el conservadurismo de sí mismo, el sostenimiento forzoso del poder.

El incidente de Checoslovaquia no ha terminado. Ignoro aún, cuando escribo, cuáles serán los zurdidos con que se trate de remendar la situación, pero dudaría muchísimo que cualquier solución ambigua fuese definitiva, como dudo mucho de que el argumento clásico escrito por De Gaulle para cancelar la revolución de mayo —contención, legalización electoral, represión, promesa de reformas— haya podido ahogar una serie de posibilidades encerradas en una moción profundamente popular. Ya hoy comienzan a no servir ni los tanques ni las ficciones ideológicas.